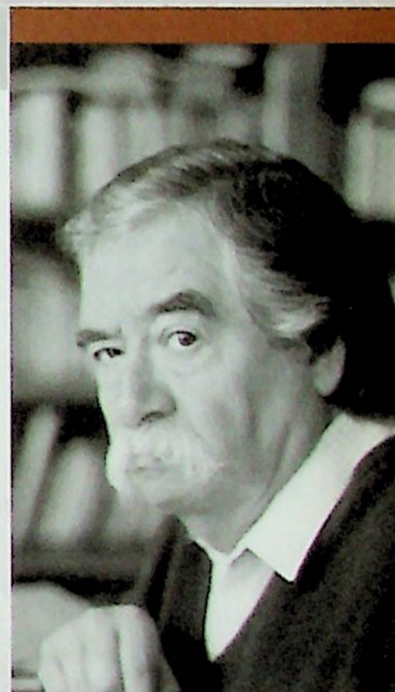


NOTA SOBRE LOS NOMBRES DE AMÉRICA

*Grínor Rojo**

LA HISTORIA DE LOS NOMBRES de América empieza con Colón, sus viajes y la institucionalización colonial de un error: la creencia, que no abandonó nunca al porfiado marino genovés, de que había llegado al Oriente, de que estaba en “las Indias”. Pese a que en sus cuatro viajes (1492; 1493; 1498, y 1502-1504) bordeó las costas de México, América Central y el Caribe, y que en el tercero se arrimó hasta la boca del Orinoco, en Venezuela, Colón jamás se hizo a la idea de que había dado con un “mundo nuevo”. Para él, éstas eran las Indias y lo siguieron siendo hasta su muerte. Lo curioso es que la administración colonial española, aun después de que se supo con la certeza más absoluta que las tierras que el almirante había recorrido en sus cuatro viajes no eran asiáticas, siguió utilizando el nombre de “las Indias”. Así es como desde el siglo XVII los juristas de la llamada “corriente doctrinal” del derecho hispánico se refieren a los nuevos territorios ya no sólo como a unos “estados de las Indias” sino como a “reinos” de las mismas, los que a juicio de ellos serían equivalentes a los reinos de España. El principal organismo administrativo colonial era, por otra parte, el Real y Supremo Consejo de Indias, instituido en 1524, como un desprendimiento del Consejo de Castilla y reorganizado en 1571, y el cuerpo de legislación correspondiente era el de las Leyes de Indias (las “Leyes...” viejas o de



Grínor Rojo

*Ensayista, profesor de la Universidad de Chile y Universidad de Santiago de Chile.



Amerigo Vespucci

Burgos son de 1512, las “Nuevas...” de 1542 y la gran “Recopilación...” de 1680, dicho sea de paso). Más tarde, durante el siglo XVIII, y sin perjuicio de las reformas que introdujeron los monarcas Borbones, las que en la última de sus etapas llegaron a acentuar aún más la denominación de las varias colonias como “reinos” de España, y también sin perjuicio de la designación de sus habitantes como “españoles americanos”, el continente no dejó de ser para la metrópoli las Indias¹. No sólo eso, sino que en la literatura española del siglo XIX, desde las novelas de Galdós a la zarzuela, es bien sabido que los peninsulares que regresaban de América debían acostumbrarse al remoquete de “indianos”.

¿Cuándo y dónde empezó América a llamarse América? La historia de este nombre está ligada ciertamente a la vida y los dichos del florentino Amerigo Vespucci (1454-1512), quien primero se trasladó a Sevilla como representante de los Medici, desde 1491, y luego, a partir de 1504, fue funcionario de la Corona española en la Casa de Contratación. Allí detentó el cargo de jefe de Navegación, desde 1508, ocupándose de supervisar las actividades de los pilotos, de confeccionar los mapas de las tierras y rutas recién descubiertas y de coordinar las labores náuticas en general. El, personalmente, hizo dos o cuatro viajes, nadie sabe cuántos fueron con exactitud. Pero lo que sí se sabe es que por lo menos dos de esos viajes son genuinos: el primero entre mayo de 1499 y junio de 1500, durante el cual, habiendo visitado una parte (la parte norte) de la costa Atlántica, Vespucci siguió creyendo de todos modos que se encontraba en “los confines del Asia por la parte de oriente, y el principio por la parte de occidente”, por lo cual su intención fue “ver si podía dar vuelta a un cabo de tierra, que Tolomeo llama el Cabo Cattegara, que está unido con el Gran Golfo”²; y el segundo entre 1500 y 1502, en aquella oportunidad bajo los auspicios de la Corona portuguesa, viaje en el que, después de continuar por la costa que bordeara un par de años antes, descendió hasta lo que hoy día es la Patagonia argentina. En ese segundo de sus viajes indisputables, Vespucci se convenció de que lo que estaba contemplando era un espectáculo diferente de cuantos hasta la fecha obraban en el magín de los pobladores de su propio “mundo”. El resultado de su convencimiento es una carta cuyo original se desconoce,

¹Me llama la atención mi colega y amigo el historiador José Luis Martínez sobre la importancia del plural. No obstante la acción unificadora metropolitana durante los siglos XVI al XVIII, ese plural sería, dice él, el indicio de un cierto respeto por la diversidad. Ese respeto, agrega Martínez, desaparece después, en la época de la formación de las nuevas nacionalidades y los nuevos estados. Expresivo de la voluntad homogeneizante, que como sabemos caracteriza a la política republicana, es el afianzamiento del singular: “América”.

²“Carta del 18 de julio de 1500 dirigida desde Sevilla a Lorenzo Pier Francesco de Medici, en Florencia”, en Américo Vespucio. *El Nuevo Mundo. Viajes y documentos completos*, tr. Ana María R. de Aznar, notas de Fernández Navarrete, Vernhagen, Levillier y Equipo Editorial. Madrid. Akal, 1985, pp. 20 y 13 respectivamente.

a la que se le han hecho después retoques múltiples y que lleva por fecha incierta el año de 1503. Esa carta, que como la de 1500 está dirigida al embajador de Florencia ante el rey de Francia, Lorenzo Pier Francesco de Medici, y que la crítica erudita identifica como *Mundus Novus*, es el primer documento en el que, explícita y aun jactanciosamente, un viajero venido de allende el Atlántico proclama la introducción en los archivos de su cultura de una tierra y unas personas de las que no daban noticia los saberes que se hallaban allí inscritos. Como él mismo lo especifica: “Días pasados muy ampliamente te escribí sobre mi vuelta de aquellos nuevos países, los cuales, con la armada y a expensas y por mandato de este serenísimo rey de Portugal, hemos buscado y descubierto; los cuales Nuevo Mundo nos es lícito llamar, porque en tiempo de nuestros mayores de ninguno de aquéllos se tuvo conocimiento, y para todos aquellos que lo oyeran será novísima cosa, ya que esto excede la opinión de nuestros antepasados, puesto que de aquéllos la mayor parte dice que más allá de la línea equinoccial y hacia el mediodía no hay continente, sólo el mar, al cual han llamado Atlántico; y si alguno de aquéllos ha afirmado que había allí continente, han negado, con muchas razones, que aquélla fuera tierra habitable. Pero que esta opinión es falsa y totalmente contraria a la verdad, lo he atestiguado con ésta mi última navegación”³.

Pero existe también otra espístola de Amerigo Vespucci, algunos dicen que apócrifa, aunque lo cierto es que tuvo aún más resonancia que la *Mundus Novus*, que fue escrita en 1504, en italiano, y que está enderezada hacia el gonfalonero perpetuo de Florencia Pier Solderini. Se imprimió en dicha ciudad, en 1505, en una versión que lleva por título *Lettera di Amerigo Vespucci delle isole nuovamente trovate in quattro suoi viaggi*, y en 1507 fue reimpresa en latín, en St. Dié de Lorraine, por el humanista Martin Hylacomylus Waltzemüller, quien se la dio a conocer más tarde activa y también profusamente a sus colegas de todo el Viejo Mundo con el título de *Quatuor Americi Vesputti navigationes*. La reimpresión de Waltzemüller, antecedida por un panfleto de su puño y letra al que acompañaba un planisferio de grandes dimensiones, en ambos de los cuales él mismo sugería que se le diera al sector meridional del Mundo Nuevo el nombre de América, es la que inmortalizó al navegante florentino: “La cuarta parte del mundo que desde que Américo la ha descubierto, puede llamarse América”, escribe Waltzemüller. Debido a la sugerencia pues del industrioso humanista de St. Dié de Lorraine, que él pensó nada más que para la América del Sur y que no sólo fue acogida sino que estirada a todo cuanto daba su potencial cartográfico, nosotros debemos el nombre con el que actualmente se singulariza al lugar del planeta en cuya superficie habitamos.



Cristóbal Colón

³“El Nuevo Mundo ¿1503? Américo Vespucio a Lorenzo Pier Francesco de Medici”, en *Ibid*, 56-57.



Mapamundi de Waltzemüller, en que por primera vez se denomina América al Nuevo Mundo.

Después del americanismo y el patriotismo dieciochescos, que existen por cierto, que son más poderosos de lo que corrientemente se admite y que por eso estimulan las luchas por la independencia (porque no, no es cierto que la independencia haya sido el hecho fortuito y sin antecedentes domésticos que algunos historiadores nos cuentan que fue), a mí no me parece una exageración decir que durante la mayor parte del siglo XIX América se mantiene en la penumbra *como cosa y como nombre*. Para los españoles, según lo he expuesto en los párrafos que dejo atrás, pese a la existencia tanto del Consejo de Indias como de la legislación respectiva, las colonias de ultramar no formaron nunca una totalidad plena o, si es que la formaron, ello fue sólo en su relación con la metrópoli. Para los patriotas de la preindependencia y la independencia, por el contrario, la defensa de una América indivisa acabó transformándose en una plataforma de combate indispensable. Pero, terminado el conflicto y por causas que se vinculan con el proceso de constitución y afirmación de nuestras nacionalidades, el desenganche se hizo cada vez mayor, aunque en medio de los mexicanismos, los peruanismos, los nicaragüismos, los argentinismos, los chilenismos y los bolivianismos, que por entonces afloran por todas partes como setas de invierno, jamás se haya esfumado por completo la nostalgia unitaria. Entre otras propuestas menos dignas de ser recordadas, espigaré en lo que

sigue cinco de ellas, todas las cuales me parecen valiosas, y también unas pocas iniciativas burocráticas que no son (como suele ocurrir) por completo desdeñables.

La primera de las propuestas a que me refiero corresponde al período independentista y no es otra que el proyecto de una América del Sur confederada, el que como ya se ha sugerido formó parte del imaginario patriótico dieciochesco y que Bolívar tomó probablemente de Miranda durante alguna de las legendarias conversaciones en la casa de Grafton Street, en el Londres de 1810, e intuyéndolo como la única alternativa de trato igualitario que los pobladores de estas tierras íbamos a tener en el futuro con los de la Europa de la Santa Alianza, por un lado, y con los de la América del Norte, por el otro: "... por las noticias que vienen de Europa y del Brasil, sabemos que la Santa Alianza trata de favorecer al emperador del Brasil con tropas para subyugar la América española, por consagrar el principio de la legitimidad y destruir la revolución. Por lo demás, empezarán por Buenos Aires y quién sabe dónde terminará esta empresa. También he sabido que los españoles del Perú habían entrado en relaciones con el emperador del Brasil, con la mira de entrar en el gran proyecto de subyugación general, adhiriendo entre sí a los principios monárquicos"⁴. Eso de un lado y del otro: "Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad"⁵. Para Bolívar, el nombre de la confederación debía ser el mismo que propusiera Miranda, Colombia o Colombeia, y el sueño de su realidad se extiende entre 1824 y 1829. Con la inifinita tristeza del desengaño bolivariano, yo creo que los habitantes de este continente nos farreamos la mejor posibilidad que hemos tenido hasta la fecha (y probablemente la mejor que vamos a tener nunca) de articular una estructura económica y política fuerte, provista de un apelativo que la hubiese identificado con mayor propiedad que el de Vespucci.

La segunda propuesta, esta vez entrada ya la etapa de organización nacional, nos la ofrece Andrés Bello, con su temor de una fragmentación postindependentista del territorio y de su población (como Bolívar, lector de Gibbon, Bello compara la circunstancia por la que entonces atraviesan estas comarcas con la del Imperio Romano en su último período, el de la constitución de la Romania). Así, para compensar el fracaso político de su antiguo discípulo y para evitar que las secuelas de ese fracaso se proyectaran también hacia el área de su personal interés, que era el área cultural, Bello desenfunda un programa americanista alternativo, puesto tempranamente de manifiesto a través de la creación de la *Biblioteca Americana* (1823)

⁴Carta a Antonio José Sucre del 20 de enero de 1825. *Obras completas*, I. Ed. Vicente Lecuna con la colaboración de Esther Barret de Nazaris. La Habana. Ministerio de Educación Nacional de los Estados Unidos de Venezuela, 1947, p. 1.035.

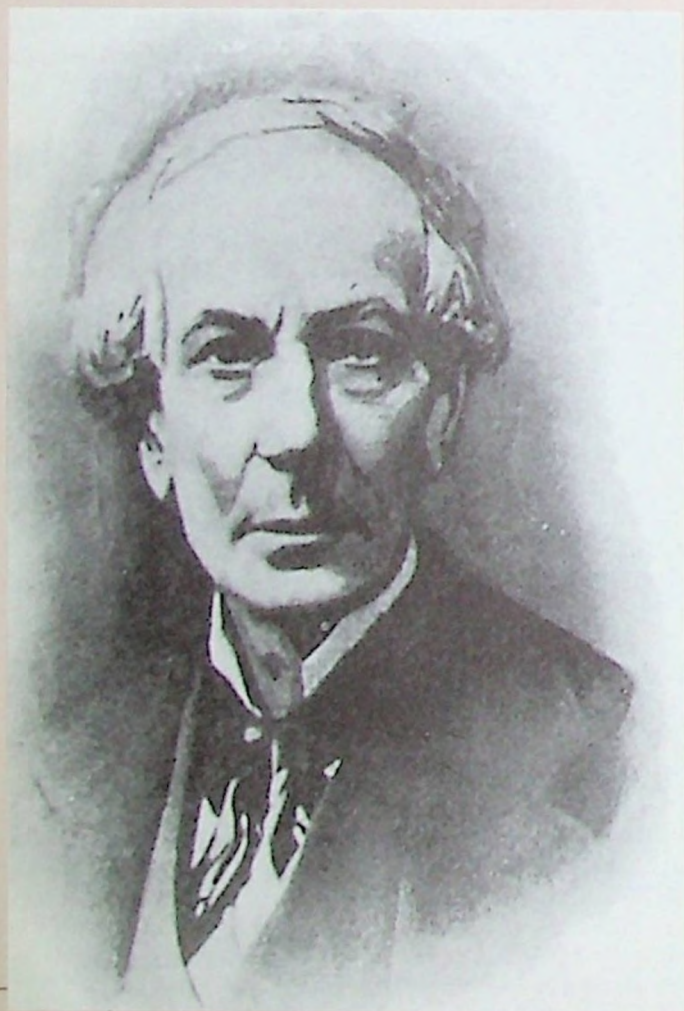
⁵Carta a Patricio Campbell del 5 de agosto de 1829. *Obras completas*, II, 737.



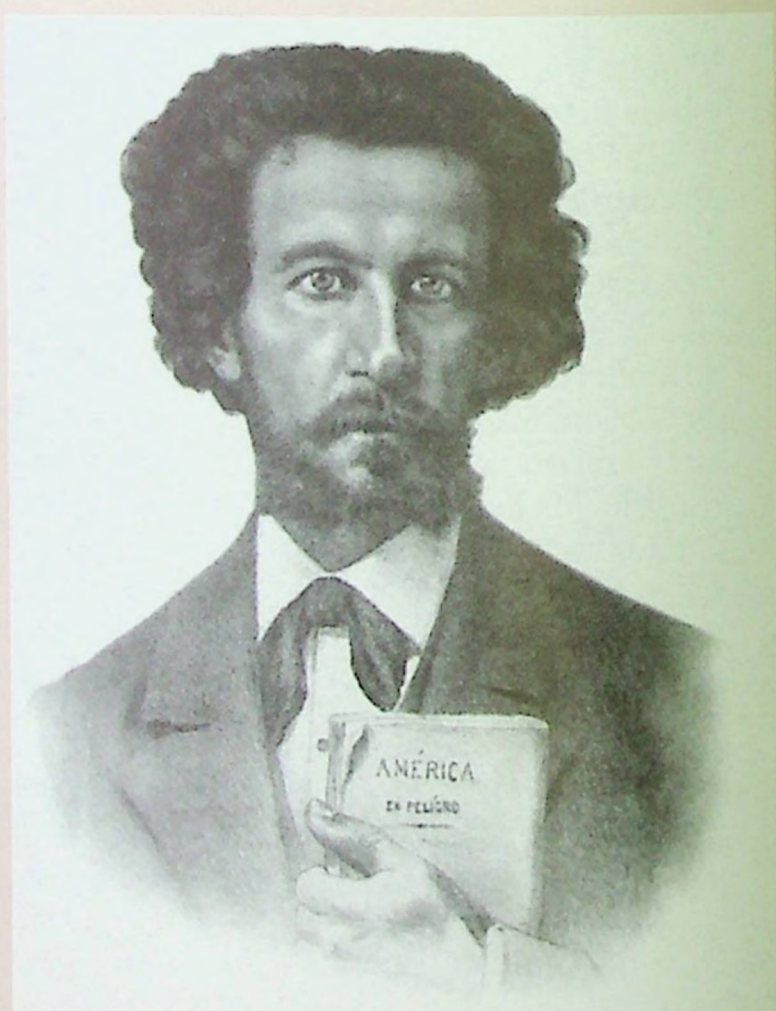
Simón Bolívar



Andrés Bello



Juan Bautista Alberdi



Francisco Bilbao

y el *Repertorio Americano* (1826), las dos revistas que fundó durante los años de su estancia londinense (1810-1829), así como a través de la escritura de la silva “A la agricultura de la zona tórrida” del mismo período (1826), hasta llegar a la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* y el *Proyecto de Código Civil*, que se dieron a conocer por primera vez en Santiago en 1846 y 1847, respectivamente. Si la unidad política se había perdido, por lo menos que se salvara la unidad cultural, es lo que parece pensar don Andrés.

La tercera propuesta, ligada y yo estoy convencido de que no por casualidad a la universidad de la que Bello fue su primer rector, es la de uno de los escritos de menor difusión del ensayista y cuasi prócer argentino Juan Bautista Alberdi. Su título es *Memoria sobre la conveniencia y objetos de un congreso general americano* y Alberdi lo presenta a la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile en 1844, con el objeto de revalidar allí el título de abogado que obtuviera previamente en la Universidad de Buenos Aires. Alberdi, quien estima muy bolivarianamente que al “congreso” que él propicia sólo se debería invitar a los representantes de las repúblicas americanas “de origen español”, quisiera que se le dieran al mismo atribuciones que abarcan desde la facultad de intervenir en el mapa político de los estados hasta la formulación de las normas de un derecho internacional específico de nuestra comarca⁶.

La cuarta propuesta, y no podía menos que serlo, es la de nuestro querido y revoltoso Francisco Bilbao. El más reciente de sus exégetas es el historiador Ricardo López, quien nos informa que la idea americanista hace su primera aparición en los textos bilbaínos con el *Movimiento social de la América meridional*, de 1856 (habla ya ahí Bilbao de “Nuestra América”, el mismo término que Martí hará suyo treinta años después), que se continúa en la *Iniciativa de la América; Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*, también de 1856, el que directamente se refiere al expansionismo estadounidense a propósito del inicio de las actividades depredadoras de William Walker en Nicaragua, y culmina en *La América en peligro*, de 1862, y *El evangelio americano*, de 1864, este último escrito un año antes de su muerte⁷.

⁶“Memoria sobre la conveniencia y objetos de un congreso general americano” en José Victorino Lastarria, Alvaro Covarrubias, Domingo Santa María y Benjamín Vicuña Mackenna, eds. *Colección de ensayos y documentos relativos a la unión i confederación de los pueblos hispano-americanos*. Santiago de Chile. Imprenta Chilena, 1862, pp. 243-244. Esta publicación tiene una importancia histórica destacable, ya que fue motivada por la reincorporación a España de la República Dominicana, en 1861, y por la intervención francesa en México, que se inicia en 1862. En Chile se constituye, en vista de tales sucesos, la Unión Americana, una de cuyas iniciativas fue este libro.

⁷Véase: Ricardo López Muñoz. *La salvación de la América. Francisco Bilbao y la intervención francesa en México*. México. Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, A.C., 1995.



La quinta y final de las propuestas unitarias decimonónicas que elegimos recordar en estas páginas pertenece al publicista colombiano José María Torres Caicedo. La insinúa por primera vez en un artículo periodístico de 1850, "Venta del Istmo de Panamá", pero su maduración y su conversión en convocatoria efectiva tuvieron que aguardar hasta el período entenebrecido por las siniestras correrías de Walker. De 1856 son su "Agresiones de los Estados Unidos bajo el gobierno de los hombres del sur" y el poema "Las dos Américas", de 1859 el artículo "Unión entre las cinco repúblicas centroamericanas" y de 1861 las "Bases para la formación de una Liga Latino-Americana", que después formó parte de un libro del '65, *Unión Latino-Americana*. Los desvelos unionistas de Torres Caicedo no se detuvieron ahí, sin embargo. En 1886, tres años antes de su fallecimiento, lo encontramos en París pronunciando el discurso de fondo en un acto de homenaje a José de San Martín y repitiendo entonces, por enésima vez, que para él, colombiano, "que amo con entusiasmo mi noble patria, existe una patria más grande: la América Latina"⁸.

En el terreno de las iniciativas burocráticas, pienso que pueden mencionarse asimismo, dentro de esta corta lista de factores centrípetos, y los que según ya he señalado constituyen una suerte de excepción a la regla a lo largo del siglo XIX, las primeras conferencias hispanoamericanas, si bien ninguna de ellas fue completa o exitosa. Se llevaron a cabo en 1826, en 1847-48 (en ésta, que se llamó a raíz de la guerra del '47 de los Estados Unidos contra México, Bello personalmente comprometió el apoyo de Chile), en 1856 (ahora en Santiago y su detonante fueron las acciones del mentado filibustero yanqui en Centroamérica entre 1855 y 1860) y en 1864-65 (aquella en Lima. Lo que estaba por detrás esa vez era el episodio imperial de Maximiliano y Carlota en México). También se efectuaron tres reuniones de carácter jurídico: en 1877, 1883 y 1888-89. De todos estos cónclaves, el memorable de veras, porque, aun cuando sus resultados no hayan sido los mejores, estableció una tradición y fijó una esperanza, es el convocado por Bolívar, en Panamá, en 1826.

El cuadro centrífugo decimonónico empieza a modificarse en la década 1880-90, cuando a instancias del entonces secretario de Estado James Blaine se echa a correr en Estados Unidos la idea de una conferencia continental de naciones. El primer intento de Blaine en esta dirección es de 1881, pero no llegó a ninguna parte, al parecer por problemas de política interna de la unión norteamericana. En cuanto al segundo, el de 1889, es preciso reconocer que su éxito, aunque parcial, no fue de ningún modo insignificante

⁸José María Torres Caicedo. "América Latina, patria grande". Discurso en acto de homenaje a José de San Martín, en París, el 26 de febrero de 1886. Reproduce algunas secciones de su texto Arturo Ardao en *América Latina y la latinidad*. México. Universidad Autónoma de México, 1993, pp. 152-153.

(para los fines de su artífice, claro está). A propósito de ese éxito relativo pero eficaz de Blaine en la segunda de sus tratativas, debe quedar muy claro que la Conferencia del '89 fue la que dio origen a la Unión Panamericana, la antecesora de la actual OEA, y que ambos eventos forman parte del proceso de intensificación del derrame imperialista de Estados Unidos hacia el sur del hemisferio, el que había hecho su estreno retórico con la famosa declaración del Presidente James Monroe en 1823 (*"America for the Americans..."*), que se convierte en realidad con la anexión ominosa de casi una mitad del territorio mexicano, entre 1836 y 1848, y que se multiplica en los años posteriores del siglo.

Podemos concluir entonces que lo que se estaba gestando durante la década del ochenta, por medio de las reuniones que impulsa el animoso ministro de Garfield y Harrison, era el marco jurídico para una etapa cuantitativa y cualitativamente distinta en la historia del expansionismo de los Estados Unidos hacia el sur del continente. Me refiero con esto a la que *manu militari* se desarrolla desde 1898, que le costó a México, América Central y el Caribe un total de treinta y cuatro invasiones de *marines* y que cubre toda la llamada época del *big stick* en la política exterior norteamericana, es decir, desde la presidencia de Theodore Roosevelt hasta la de Franklin Delano Roosevelt. Si ése es el costado "duro" de la política imperialista de los Estados Unidos hacia el sur de las Américas en el primer tercio del siglo XX, el blando lo representa la diplomacia del panamericanismo, la que, como es de público conocimiento, sobrevive a la otra. José Martí, que se percató de lo que todo aquello significaba para nosotros, lo combatió apenas vio la luz del día con el argumento de que "Dos cóndores o dos corderos se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero"⁹. De ahí un nuevo nombre para el territorio continental, el mismo que Bilbao adelantara a mediados de siglo y que el cubano hace suyo en escritos diversos, el nombre de "Nuestra América" por oposición tanto a la América del Norte como a la equívoca noción de Panamérica.

Pero no es sólo Martí quien reacciona frente a las remozadas (y reforzadas) ambiciones finiseculares de los hombres del norte. Se registra, también, sobre todo con posterioridad al 98, un tipo distinto de reacción, al que José Carlos Mariátegui despectivaría algunos años después como de carácter "protocolar", etnicista (o racista) y/o culturalista. Ella toma la forma del "hispanismo" y del "latinismo", superchería esta otra que según el filósofo uruguayo Arturo Ardao se venía cocinando por lo menos desde la década del treinta, que el colombiano Torres Caicedo propagandiza en Europa en los cincuenta, que se liga después a los deseos de Napoleón III de sentar



José Martí

⁹José Martí. "La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América", en *Obras completas*, 6. La Habana. Editorial Nacional de Cuba, 1963, p. 159.

un pie colonial en las Américas y que nada tiene de raro que en el último cuarto del siglo recabe incluso más votos oficiales que la de Martí —si es que la de Martí recabó voto oficial alguno—. Frente a la invasión de los “bárbaros fieros” o de los “búfalos con dientes de plata”, que decía Rubén, se reivindicaban, desde esa trinchera y para nuestros pueblos, raíces compartidas de raza y/o de cultura que se hacen remontar al crisol del Imperio Romano. Rodó asevera, por ejemplo, en su *Ariel* (1900), que “tenemos —los americanos latinos— una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener” y que el eje de esa tradición se apoya “sobre los dos polos de Atenas y Lacedemonia”¹⁰, en tanto que Darío alardea en la “Salutación del optimista” (1905) acerca de las virtudes de “la latina estirpe”, que “verá la gran alba futura”¹¹. Dos nombres nuevos surgen de ahí: Hispanoamérica y Latinoamérica o América Latina.

Llegamos de este modo hasta los años veinte de nuestro propio siglo, ahora en medio de una ola creciente de nacionalismo y de regionalismo. Pliegue importante de esa ola lo constituye la aparición de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), fundada por el activista peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, en 1924, durante su exilio en México, con las características de un frente o una alianza de grupos o individuos con perspectivas políticas e ideológicas distintas pero unidos por su común antiimperialismo. Central en el pensamiento de Haya de la Torre es el valor que éste le confiere a la otra de las bases fundamentales sobre las que tiene que asentarse cualquier definición de la identidad hemisférica y que hasta ese momento no había sido tocada o había sido tocada sólo decorativamente por la historiografía tradicional. Estoy pensando en la base indígena, en cuyo privilegio Haya insistirá con firmeza, hasta el punto de precipitar a causa de eso, en 1927, una ruptura estrepitosa con Mariátegui, que había sido su aliado desde 1923 y quien se distanció de él cuando el nacionalismo y el americanismo de su compañero de ruta se tornaron ciegos a la existencia en las Américas de nada que no fuesen las fuentes vernáculas. Con todo, tanto Haya como Mariátegui seguirán utilizando hasta el fin de sus días el nombre acuñado al fragor de los años de colaboración. Ese nombre es Indoamérica.

La contraparte al entusiasmo indigenista de la primera mitad del siglo XX se echa a correr una vez más en suelo estadounidense y en esta ocasión dentro del mundo académico. Todo esto en connivencia con el quehacer de un grupo de intelectuales españoles que habían hecho su vela de armas en la España de principios del siglo XX, la de Alfonso XIII, y que adolecían de

¹⁰ José Enrique Rodó. *Ariel*, en *Obras completas*. Madrid. Aguilar, 1957, p. 228.

¹¹ Rubén Darío. “Cantos de vida y esperanza, los cisnes y otros poemas” en *Poesía*, ed. Ernesto Mejía Sánchez. Caracas. Ayacucho, 1977, p. 248.

un gravísimo síndrome de nostalgia colonial. A la cabeza de esos caballeros cristianos se puso nada menos que el muy ilustre filólogo Ramón Menéndez Pidal, quien, en una carta que escribe para el diario *El Sol*, en 1918, no sólo desestima la expresión América Latina, por considerarla un “neologismo” que se desentiende de la “colosal empresa” de la conquista española en América, sino que, además, empuja su delirio castizo hasta el extremo de proponer que, por razones de derecho romano y que tienen que ver con la Hispania del viejo Imperio, incluso Portugal (y, por ende, también Brasil) sería/n “hispanico/s”¹². El mismo Menéndez Pidal aludía en esa carta a la Hispanic Society of America, fundada en Nueva York en 1904, y cuyo objeto era el “*Advancement of the study of the Spanish and Portuguese languages, literature and history*”¹³. Con esa institución había nacido, en los Estados Unidos, el “hispanoamericanismo”, a veces por sí solo y en otras, en aquellos casos en que se optó por seguir un curso un poco menos chauvinista que el de don Ramón (y a lo peor a despecho suyo), de la mano con el “iberoamericanismo”. La flamante disciplina se alojará por fin en los departamentos de español y portugués de un número cada vez más grande de universidades norteamericanas, a partir de las décadas del treinta y del cuarenta, y contando al poco tiempo de haberse puesto en marcha con el espaldarazo fraterno de los fascismos católicos de Francisco Franco y Antonio de Oliveira Salazar.

Pero no cabe duda de que la tendencia venía de atrás. Es un dato conocido, por ejemplo, que el “Instituto de las Españas” (con ese plural uno se acuerda inevitablemente de “las Indias” coloniales de antaño), que funcionaba en la Universidad de Columbia y que dirigía el “hispanista” Federico de Onís, apadrinó el lanzamiento de *Desolación* en 1922. El hecho es que, contrapensando el movimiento indoamericanista, aprista o mariateguista, que según expliqué más arriba logra su apogeo de este lado del mapa entre las décadas del veinte y del cincuenta, se deja sentir, sobre todo desde el lado de allá —sobre todo y, por lo tanto, no exclusivamente pues nunca han faltado en estas lides los ventrílocuos criollos—, la consabida invocación a nuestra deuda “histórica” y “de raza” para con la península ibérica. En consonancia con este “iberismo”, que se había incorporado de hecho al “español” y “portugués” de las nuevas unidades académicas estadounidenses, la expresión que acabará poniéndole su mejor etiqueta a la corriente no es

¹²Reproduce la carta Arturo Ardao en *Op. cit.*, 180-182. Nuestra referencia en la página 181. Es interesante que, para combatir el “latinoamericanismo”, observe Menéndez Pidal que “si nadie cree en la raza latina de España, ¿qué habrá de decir de la latinidad de raza en estas repúblicas donde sobre los elementos indios se acumularon elementos españoles, a veces predominantemente vascos, es decir, procedentes de un pueblo que no ya por su raza, sino que ni por su lengua tiene el menor aspecto de latinismo?”. El argumento es bueno y pudiera, por supuesto, darse vuelta y ser usado para combatir el “hispanismo” que él nos quiere endilgar a nosotros.

¹³*Ibid.*

otra que la que habían usado desde el siglo XIX aquellos intelectuales españoles deseosos de encontrarle una alternativa más o menos palatable al “latinismo” de prosapia francesa: Iberoamérica (*Iberoamérica. Su historia y su cultura* de Américo Castro es un advenimiento tardío, de 1954, cuando ya el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y la revista que lo acompaña habían sido creados, en el invierno de 1938, por un discípulo argentino de Amado Alonso, Alfredo Roggiano, y recreados por él mismo después de su propio traslado a la Universidad de Pittsburgh, en 1963).

En la década del sesenta rebrotan tanto la cosa como el nombre, América Latina, pero desprovistos ahora del ingrediente etnicista y/o culturalista de su *debut* decimonónico, prefiriéndose potenciar durante esta fase de la trayectoria que ahora estamos reseñando una valencia económica, social y política o, lo que es lo mismo, hiperbolizándose a veces hasta el desiderátum teológico las virtudes explicativas de las ciencias sociales. Es ésta la época de *Las venas abiertas de América Latina*, el *best seller* de Eduardo Galeano, así como también la de otros ítemes bibliográficos un poco menos bulliciosos pero no por eso menos influyentes. Estoy pensando en los libros de Celso Furtado, Andre Gunder Frank, Petras y Zeitlin, los Stein, Cardoso y Faletto, en la *Historia...* de Tulio Halperin Donghi y hasta llegar a *El desarrollo del capitalismo en América Latina* del malogrado Agustín Cueva. En su conjunto, éstos son libros que despliegan una idea de América Latina a la que en aquella época se buscó comprender bajo los signos del subdesarrollo y la dependencia (o, en el caso de Cueva, del imperialismo), y empeñada en una lucha sin cuartel y sin tregua por la liberación.

El término de esa fase lo marca el golpe de estado de septiembre de 1973, en Chile, aunque haya habido unos pocos coletazos posteriores que no deben pasar desapercibidos ni siquiera en un escrutinio con las módicas dimensiones del nuestro, si bien sus frutos no fueron los que sus protagonistas esperaban. Tal es el caso de las coyunturas revolucionarias o prerrevolucionarias en América Central, Nicaragua, El Salvador y Guatemala, y en el Perú desde fines de los años setenta y a lo largo de los ochenta. Porque lo cierto es que el escenario se ha movido una vez más. El aliño ideológico lo está suministrando en los tiempos que corren la llamada “política de la diversidad”, convertida en algunos círculos de intelectuales *à la page* en “política



Eduardo Galeano

de la diferencia” y puesta de moda por el postestructuralismo y el postmodernismo.

Resultado de tan admirables hallazgos es la disconformidad actual con la visión diz que “sociologista” que quienes nos dedicamos a estos temas heredamos de los años sesenta, más precisamente una disconformidad con la actitud homogeneizadora que se advierte en esa etapa en torno a un núcleo de criterios extraídos de las ciencias sociales (la economía en los casos extremos), abogándose en cambio por una apertura del foco que reconozca y se haga cargo de la complejidad de una comarca cuya población se define o se quiere definir ahora en términos de “clase”, “género” y “raza”. De aquí surge una perspectiva otra respecto de la verdad de “la cosa”, perspectiva que aún carece de un nombre que la individualice con el rigor que su legitimación necesita, pero que pone el acento, para decirlo con el término acuñado por Antonio Cornejo Polar, en la “heterogeneidad” del objeto¹⁴. Todo el mundo habla hoy de los muchos miramientos con que hemos de tratar lo particular y lo local, no pocas veces hasta darnos de narices con el doble despeñadero del minimalismo y la trivialización, y cerrando los ojos de ese modo a la hipótesis e incluso a la posibilidad de la hipótesis sobre el sentido que pudiera tener lo general. Esto nos pone de nuevo frente a la vieja encrucijada de Bello: la del temor a que las fuerzas centrífugas, incrementadas en nuestra época por los efectos deletéreos de la “globalización”, o sea, por los efectos de la nueva ola de la mundialización del capital y sus secuelas culturales, acaben con cualquier tipo de vínculo entre las gentes que pueblan esta ribera del mundo. Es obvio, por otro lado, que si “la cosa” se nos escurre de las manos, si se nos está escurriendo de las manos de esta manera y hoy mismo, el preguntarse por su nombre cesa de ser para muchos un asunto de interés. Para decirlo pronto y claro: si hemos terminado por despreocuparnos tan frívolamente de los nombres de América, de los nombres de esta América, a la que Bilbao y Martí denominaron la “nuestra”, ello podría ser un indicio funesto de que “la cosa” está dejando callada y simplemente de existir.



¹⁴“... al observar aun superficialmente los componentes históricos, se hace discernible de inmediato el desigual desarrollo de las regiones y hasta de los países que forman Latinoamérica, y al mismo tiempo se evidencia la reproducción de esa heterogeneidad básica al interior de cada uno de ellos, casi sin excepciones”. Antonio Cornejo Polar. “Para una agenda problemática de la crítica literaria latinoamericana: diseño preliminar”, en *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas. Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1982, p. 36.